densa como la de Luis Buñuel. Existen libros que estudian en profundidad algún aspecto particular de su obra y pueden detenerse en su consideración. Valga como ejemplo el magnífico trabajo de Fernando C. Cesarman titulado *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca,* que tuve ocasión de comentar en el número 316 de esta Revista. Pero dentro de los límites que impone el tratamiento en conjunto de una obra cinematográfica tan extensa como la de Buñuel (41 películas de participación directa, más proyectos, colaboraciones, asesorías, etc.), el libro de Freddy Buache consigue el doble objetivo que se propone: ofrecer una visión de conjunto de la cinematografía buñueliana y expresar toda la ternura y toda la violencia que subyacen a ese universo tan íntimamente vivido por el genial director.

El libro finaliza con una relación de la filmografía de Luis Buñuel detallada en fichas técnicas y artísticas, y se completa con una bibliografía de las publicaciones más notables sobre el realizador y su obra. El admirador del cine buñueliano encontrará a lo largo del texto nuevos elementos valorativos de su obra, y quien desee establecer un primer contacto con este singular fenómeno artístico y cultural difícilmente hallará vehículo más apropiado que las amenas y documentadas páginas de este libro excelente de Freddy Buache.—*FRANCISCO JAVIER AGUIRRE (Castrillo de Aza, 13. MADRID-31).*

MAXIME CHEVALIER: *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII.* Ediciones Turner, Madrid, 1976, 199 págs.

A una sostenida labor de hispanista, el profesor M. Chevalier viene a añadir un nuevo trabajo: *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII.* En sus palabras preliminares queda esbozado el objetivo general y a largo plazo que enfrenta el hispanismo: la elaboración de una historia de la cultura española del Siglo de Oro. Tal tarea se impone para un devenir inmediato, toda vez que se ha logrado ya consolidar una historia científica de la literatura española de igual período, aun cuando ella pueda adolecer de imperfecciones. Acotando el objeto particular de su estudio, M. Chevalier advierte la falta de estudios específicos dedicados al fenómeno de la lectura en la España de los siglos XVI y XVII, y presenta su libro como un intento, aunque sea parcial, por llenar este vacío cultural. Dentro de una materia tan amplia, M. Chevalier ha procedido, como es natural, a deli-

mitar el campo de su investigación, concretándose sólo a la literatura de entretenimiento, aun cuando la metodología propuesta pueda hacerse extensible a otros sectores de la cultura. Una suerte de introducción general más cuatro estudios sobre problemas particulares le dan forma al libro, que a continuación pasamos a reseñar.

El primer estudio de carácter teórico, «Problemas generales y cuestiones de método», aborda tres aspectos: «El público», «Inventario de bibliotecas particulares» y «Otros métodos». En cuanto al primero plantea el problema de la lectura en el Siglo de Oro y gira en torno a tres preguntas básicas: ¿quién sabe leer?, ¿quién tiene la posibilidad de leer libros? y ¿quién logra adquirir la práctica del libro?, preguntas que se corresponden, a su vez, con otros tantos fenómenos: el analfabetismo, de carácter sociocultural; el precio de los libros, de índole económica, y la falta de interés por la lectura, de orden cultural. La primera pregunta recibe una respuesta concluyente: «Un 80 por 100 de la población española, por lo menos—todos los aldeanos, la enorme mayoría de los artesanos—, queda excluida, por el único motivo del analfabetismo, total o parcialmente, de la práctica del libro» (pág. 19). Sólo es posible encontrar lectores de libros en estamentos sociales como el clero, la nobleza, los «técnicos» e «intelectuales», los mercaderes, una parte de los comerciantes y artesanos, y entre los funcionarios y criados de mediana categoría. La respuesta a la segunda pregunta está en directa relación con el precio de los libros y la capacidad pecuniaria de sus potenciales interesados. Queda de manifiesto que el libro era un objeto caro, lo cual marginaba a todos aquellos que sabiendo leer, sin embargo, se veían privados de su uso por razones económicas. El libro se hace, pues, privativo de unos pocos privilegiados de la fortuna—miembros del alto clero, títulos, caballeros, letrados, tal o cual mercader—, cuyo mérito reside en que fomentan sus ocios con cierta afición por la literatura de entretenimiento. A la tercera pregunta se responde aduciendo la falta de interés por la cultura y la lectura de libros de entretenimiento de que adolecen, en general, caballeros, mercaderes y comerciantes y artesanos, quienes disponiendo de posibilidades culturales y económicas, no dedican sus ocios a la lectura. Uno se pregunta en este punto si no resultan convincentes para M. Chevalier las razones que aduce A. Castro para explicar el porqué de este inmovilismo cultural. La práctica efectiva del libro es privilegio de clase y, por tanto, sólo alcanza a un grupo social minoritario: letrados, hidalgos o clérigos, quienes son los únicos que cuentan con los recursos económicos y las motivaciones culturales como para tener verdaderas bibliotecas.

En el siguiente apartado, «Inventario de bibliotecas particulares»,

M. Chevalier nos ofrece una lista de los inventarios de bibliotecas particulares de la España de los siglos XVI y XVII que se han estudiado y publicado hasta la fecha, lo cual permite adelantar algunas conclusiones de carácter provisorio, en razón de lo incompleto de estos estudios. No obstante, el método de inventario adolece de ciertos reparos, que Chevalier hace notar: quedan al margen del estudio cuantitativo de inventario cuestiones como el hecho de que un hombre culto bien puede no tener muchos libros; porque se pueden leer muchos libros que nunca llegaron a poseerse; porque el gusto evoluciona, y las preferencias de antaño no suelen ser las presentes, lo cual hace que uno se desprenda de aquellos libros que ya no le llenan el gusto. Además, el método de inventario no toma en cuenta el manuscrito que circuló como vehículo de la literatura, ni tampoco el hecho que parte de la materia novelesca circuló también en forma oral. De todos estos justos reparos, M. Chevalier concluye que el estudio de las bibliotecas «no representa el único método científico valedero para definir las aficiones literarias de los lectores del Siglo de Oro». Bajo el apartado «Otros métodos», M. Chevalier destaca las fructíferas posibilidades que ofrecen al investigador las declaraciones de los pasajeros a las Indias, que informan de los libros que llevan consigo; las relaciones de fiestas y regocijos públicos; los libros de *avisos* y *noticias;* las autobiografías, que permiten conocer las aficiones literarias de sus autores; el examen de la correspondencia particular, y, por último, el estudio sistemático de los tratados de poética y retórica, piezas liminares, comentarios de textos, así como las obras literarias propiamente dichas. La investigación orientada en tales direcciones tiene la innegable ventaja de revelarnos, de un modo diríamos *existencial, cómo leían* nuestros antepasados, cosa que el seco método de inventario deja en penumbra.

El primer estudio particular: «El público en las novelas de caballerías», plantea el interesante problema de la clase de público a que dicha producción novelesca estaba destinada. M. Chevalier deja en claro que este público no puede ser otro que el cortesano y aristocrático, porque esta literatura es portadora de sus valores de clase—«de buena casta», que dirá don Luis Zapata en su *Miscelánea,* 85, I, página 209—y es fiel reflejo de una sociedad encastada y unanimista. Es también literatura de compensación y de evasión: el mundo caballeresco y andante ha dejado de ser para sublimarse en nostalgia frente a la realidad avasalladora y prepotente de la Corte y de la institución monárquica.

El segundo estudio particular, «La épica culta», como el anterior, ilustra el hecho de que la épica culta es creación y afición de la clase dominante en un momento en que triunfa el nacionalismo español del

siglo XVI. Un público extenso, formado principalmente por caballeros, fue su destinatario, los cuales se sentían honrosamente representados por las hazañas de sus iguales, capitanes y conquistadores. El público docto, a su vez, supo apreciar en la épica culta un alarde retórico que contribuyó no sólo a enaltecer el género, sino también a definir con mayor precisión el público selecto al cual se dirigía.

En «La Celestina según sus lectores», el tercer estudio, M. Chevalier se interroga sobre el público receptor y lector de la tragicomedia. Los pocos inventarios de bibliotecas demuestran que son los caballeros cultos y los lectores doctos los principales interesados en la compra de este libro, el cual, dado su contenido ambiguo, se proponía como una lectura susceptible de ser hecha a varios niveles de comprensión, de acuerdo con la índole y la preparación intelectual de su eventual lector. De esta ambigüedad moral inherente a la tragicomedia resulta que hay tantas lecturas e interpretaciones como lectores, polarizándose la cuestión en los siglos XVI y XVII entre aquellos que reconocen en ella un fondo de moralidad, y los que le niegan tal calidad estimándola moralmente peligrosa.

El último estudio: «El problema del éxito de *Lazarillo*», discurre en torno al problema paradojal de la extensa difusión de la materia del libro y el escaso número de sus lectores reales. Chevalier nos brinda una clara explicitación de tal paradoja. *Lazarillo* irrumpe en el mundo de caballeros y cortesanos, habituados a una literatura ideal, como una nota discordante que entretiene por su disonancia. Cortesanos y caballeros jamás podrían sentirse identificados con los valores y las «proezas» de un tal personaje del común. Y, sin embargo, fuerza es reconocerlo, el librito alcanzó una influencia popular considerable, a pesar de ser poco leído, gracias a su carácter de *liber facetiarum*. La serie de historietas divertidas de innegable ascendencia folklórica se prestaban para ser contadas y, por tanto, divulgadas oralmente, no como materia seria, sino como cosa de burlas, porque como tal entendieron la obra los lectores del siglo XVI.

Los certeros análisis del profesor M. Chevalier arrojan conclusiones que nos parecen convincentes y coherentes respecto de sus presupuestos teóricos y metodológicos. Su preocupación por identificar a quiénes leían y cómo se leía en la España de los siglos XVI y XVII prueba ser un camino fructífero y que, sobre todo, estimula a seguir ahondando la investigación en tales direcciones.—*WILFREDO CASANOVA (Université de Bordeaux III. Explanade des Antilles. Domaine Universitaire. 33045. TALENCE. Francia).*